



ESPINEL Y MARCOS DE OBREGÓN: VIDAS PARALELAS

Natalia PALOMINO TIZADO
Universidad de Huelva (España)
natalia.palomino@dfesp.uhu.es

Recibido: 31 de enero de 2024

Aceptado: 4 de febrero de 2024

<https://doi.org/10.14603/11G2024>

RESUMEN:

Las *Relaciones de la vida del escudero Marcos de Obregón*, la singular y única novela que publicó Vicente Espinel en 1618, siguen ocupando un lugar un problemático dentro del corpus picaresco. Aunque, por lo que respecta a las cuestiones formales, Espinel sigue la senda que se inauguró en 1599 con la publicación del *Lazarillo* y que se consolidaría en 1599 con el *Guzmán de Alemán*, su difícil encaje tiene que ver sobre todo con su protagonista, el escudero Marcos de Obregón, que se presenta como un claro *alter ego* del autor. En este trabajo analizamos las estrategias que empleó Espinel para proyectarse en el héroe de su ficción, al que acabó configurando a su imagen y semejanza. Híbrido entre realidad y ficción, las *Relaciones* se leyeron durante siglos como las memorias noveladas del escritor rondeño, e incluso llegaron a utilizarse como fuente de información para despejar las lagunas existentes en torno a su biografía.

PALABRAS CLAVE:

Espinel, *Marcos de Obregón*, autobiografía, novela picaresca.

ARTENUEVO

Revista de Estudios Áureos

Número 11 (2024) / ISSN: 2297-2692

unhe

UNIVERSITÉ DE
NEUCHÂTEL

Institut de langues et
littératures hispaniques

ESPINEL AND MARCOS DE OBREGÓN: PARALLEL LIVES

ABSTRACT:

The *Relaciones de la vida del escudero Marcos de Obregón*, the singular and unique novel published by Vicente Espinel in 1618, continues to occupy a problematic place within the picaresque corpus. Although, as far as formal issues are concerned, Espinel follows the path that was inaugurated in 1599 with the publication of *Lazarillo* and that would be consolidated in 1599 with Alemán's *Guzmán*, the *Relaciones* difficult fit has to do above all with its protagonist, the squire Marcos de Obregón, who is presented as a clear alter ego of the author. In this paper we analyze the strategies Espinel uses to project himself in the hero of his fiction, whom he shapes in his own image and likeness. A hybrid between reality and fiction, the *Relaciones* were read for centuries as Espinel's novelized memoirs, and were even used as a source of information to fill in the gaps in his biography.

KEYWORDS:

Espinel, *Marcos de Obregón*, Autobiography, Picaresque Novel.



En 1618, seis años antes de morir, el rondeño Vicente Espinel publicó la que sería su única obra en prosa, las *Relaciones de la vida del escudero Marcos de Obregón*. Enmarcada, aunque con reservas, dentro del género picaresco, la *Vida de Marcos de Obregón* quizás sea la novela con la que la crítica se ha mostrado más reticente a incluir en el corpus de la ficción de pícaros¹. Ese difícil encaje tiene que ver, sobre todo, con su protagonista, un escudero humilde y honrado que, desde la atalaya de la vejez, da forma escrita a sus recuerdos mientras hace balance de su propia vida. Marcos apenas se asemeja a Lázaro de Tormes y mucho menos al pícaro por antonomasia, Guzmán de Alfarache; y es que Vicente Espinel se proyectó literariamente en su propia criatura, configurándola a partir de sus rasgos más sobresalientes.

Sin duda, el *Marcos de Obregón* ha sido la obra que más ha alentado a los investigadores a reconstruir al detalle la biografía del autor, con el fin último de distinguir los episodios verídicos de aquellos salidos del mundo de la imaginación o que, en su defecto, procedían de fuentes escritas. Para trazar someramente la trayectoria vital de Espinel, los primeros en acercarse a su obra disponían de algunas noticias documentales y de las valoraciones —nada escasas, por cierto— que de él hicieron sus contemporáneos, además de algunos datos extraíbles de su obra poética. No obstante, según Carrasco Urgoiti (1972: 8), el *Marcos de Obregón* resultó la fuente más utilizada, pues durante años se leyó sin reservas como una auténtica autobiografía.

El estudio realizado por Pérez de Guzmán (1881: I-XXXII) para su edición de las *Relaciones* (1881) fue pionero en ofrecer documentación inédita sobre el autor, empezando por su fe de bautismo, que críticos posteriores utilizarían como punto de partida. Así, Gili Gaya (1940: 7), al reseñar dicho trabajo, afirma que «todo lo que se había escrito con anterioridad era infundado, por basarse únicamente en

¹ No han sido pocos; de hecho, la mayoría de estudiosos, entre ellos —y con rotundidad— Rico (1970: 120) y Zamora Vicente (1951: 77), insisten en negarle el carácter picaresco a las *Relaciones*. Sin embargo, lo cierto es que, pese a estas reservas generalizadas, la *Vida de Marcos de Obregón* se incluye siempre en cualquier estudio sobre el género, aunque solo sea para vetar su entrada en el corpus. Lara Garrido y Garrote Bernal (1993: II, 619-682) recogieron bajo el epígrafe «Marcos de Obregón y la novela picaresca» las opiniones más relevantes de la crítica en cuanto a su pertenencia —o no— al género.

una interpretación autobiográfica demasiado literal de la *Vida de Marcos de Obregón*. Cuanto se ha publicado posteriormente no añade ningún dato nuevo a los que dio Pérez de Guzmán».

En 1959, Haley publicaría la que hoy sigue siendo la obra de referencia para todo aquel que quiera acercarse a Espinel: *Vicente Espinel and Marcos de Obregón: A Life and its Literary Representation*. Este riguroso trabajo viene acompañado de un apéndice documental inédito, que contiene información fundamental para precisar el periplo del autor, a la vez que permite separar los capítulos de veras autobiográficos del *Marcos* de la pura ficción, en un intento de explicar el universo creado por el malagueño en su única obra en prosa².

Partiendo, pues, de estos estudios, y para poder explicar en qué medida el escritor realizó esa proyección de sí mismo en el escudero, comenzaremos dando unas pinceladas a su biografía. Vicente Espinel nació en Ronda en 1554. Fue uno de los escritores más respetados y aclamados de las letras barrocas, pese a haber entregado únicamente dos libros a la imprenta: las *Diversas rimas* (Madrid, Luis Sánchez, 1591), donde se recoge, además de su poesía, la primera traducción en verso castellano del *Arte Poética* de Horacio³, y la obra que nos ocupa, las *Relaciones de la vida del escudero Marcos Obregón* (Madrid, Juan de la Cuesta, 1618), singular novela a caballo entre la picaresca y la autobiografía. Sus contemporáneos alabaron unánimemente sus dotes como poeta y músico⁴, y estuvo vinculado a los círculos artísticos más selectos. Su amigo Lope lo celebró como «insigne gigante de las artes musicales» y «único poeta latino y castellano de estos tiempos» (Heathcote, 1989: 75). Combinó su faceta artística con el sacerdocio, y ejerció asimismo como capellán mayor. En cuanto a su periplo vital, tras su paso por varias ciudades españolas e italianas, acabó asentándose en la capital en 1599, donde desempeñó el cargo de

² Varios investigadores se han ocupado de la biografía de Espinel: véanse Vázquez Otero (1948), Entrambasaguas (1950) y Heathcote (1977 y 1989). Si bien tras la publicación de Haley apenas han aparecido datos nuevos, hay que destacar el extraordinario trabajo de Lara Garrido y Garrote Bernal (1993), donde se recoge la bibliografía espineliana más relevante y los estudios introductorios de las ediciones señeras, además de textos sobre el autor inéditos hasta este momento.

³ Puede consultarse en Espinel (2001).

⁴ Sobre la faceta musical de Espinel, véanse, por ejemplo, los trabajos de Pardo Tovar (1962), Ayala Ruiz (2006) y Escobar Borrego (2023a y 2023b).

maestro de la capilla del obispo de Plasencia —donde está enterrado— y, desde 1609, también el de censor de libros para la Inquisición⁵.

Consciente y orgulloso de su valer, en la recta final de su vida compuso el *Marcos de Obregón*, una suerte de memorias noveladas bajo el molde picaresco protagonizadas por un personaje concebido a su imagen y semejanza que le permitió, rizando el rizo del recurso autobiográfico, dar forma ficticia a su propio personaje. Pero ¿qué estrategias empleó Espinel para proyectarse en el héroe de su ficción?

Para empezar, Espinel le adjudicó a Marcos su lugar de nacimiento: Ronda, en la provincia de Málaga.

—¿De dónde es vuesa merced? —dijo el ermitaño.

—Yo, señor —respondí—, soy de Ronda, ciudad puesta sobre muy altos riscos y peñas tajadas, muy combatida de ordinario de ponientes y levantes furiosos; de manera que, si fueran los edificios como estos, se los llevaran tormentas. (Espinel, *Relaciones*, pág. 88)

Téngase en cuenta que la ciudad no queda en una mera mención en la novela. Desde la misma portada el autor nos remite a ella cuando se presenta como «el maestro Vicente Espinel, capellán del rey nuestro Señor en el Hospital Real de la ciudad de Ronda»⁶, capellanía real que administró hasta final de sus días. Sin embargo, cuando publicó el *Marcos*, llevaba ya dieciocho años ejerciendo como capellán mayor en la capilla del obispo de Plasencia, en la parroquia de San Andrés de Madrid, pero prefirió dejar constancia en la portada de su relación con Ronda, y no de su vinculación con el puesto que desempeñaba en ese momento. Además, su patria chica ocupa un lugar destacadísimo en la novela, aparece con asiduidad, siempre habla de ella y de sus gentes con cariño e incluso le dedica un descanso

⁵ En los últimos años de su vida redujo su actividad literaria a redactar aprobaciones: en 1619, para el *Lazarillo de Manzanares*; en 1620, para la *Guía y avisos de forasteros* de Antonio Liñán y Verdugo; en 1621, para las *Partes XV y XVI* de las comedias de Lope y su *Filomena*; en 1622, para la *Parte XVII*, entre otras (Navarro Durán, 2008: XVIII).

⁶ Vicente Espinel. *Relaciones de la vida del escudero Marcos de Obregón*. En Madrid, por Juan de la Cuesta, 1618.

completo, el 20 de la relación primera, en el que se ocupa de su origen y descripción con un importante sesgo historiográfico.

La caracterización física del escudero también se corresponde con la de Espinel. Sabemos que el rondeño siempre estuvo inclinado a la gordura, que nunca gozó de buena salud y que la gota lo martirizó gran parte de su vida⁷. Para desdoblarse con propiedad en su personaje, Espinel no dudó en endilgarle estas cualidades tan poco heroicas a su escudero. Un buen ejemplo lo encontramos cuando el escritor evoca, a través de Marcos, su estancia por tierras italianas —tendría, por entonces, unos treinta y pocos años—, donde ya se queja de su mal estado de salud⁸:

Holgué grandemente de ver la grandeza, fertilidad y abundancia de Milán; que en esto creo que pocas ciudades se le igualan en la Europa; aunque la mucha humedad que tiene, o por aquellos cuatro ríos hechos a mano, por donde le entra tanta abundancia de provisión, o por ser el sitio naturalmente húmido, yo me hallé siempre con grandísimos dolores de cabeza; que, aunque yo nací sujeto a ellos, en esta república los sentí mayores. Que siempre me han perseguido tres cosas: ignorancia, envidia y corrimientos; pero los de aquí me duraron hasta volver a España. (Espinel, *Relaciones*, pág. 291)

A la gota, por otro lado, se alude desde el mismo prólogo, cuando Espinel confiesa que escribirá su novela «en los intervalos que la gota me concediere» (*Relaciones*, pág. 22). Marcos también se queja de dicha enfermedad en varios lugares, así como de su inclinación al sobrepeso. Véamoslo:

⁷ El propio Espinel se dibujaba de esta guisa en su epístola a don Juan Téllez Girón, marqués de Peñafiel: «Con la gordura tengo un ser de mostro, / grande la cara, el cuello corto y ancho, / los pechos gruesos, casi con calostro; / los brazos cortos, muy orondo el pancho, / el ceñidero de hechura de olla, / y a do me siento hago allí mi rancho; / cada mano parece una centolla, / las piernas torpes, el andar de pato, / y la carne al tobillo se me arrolla; / no traigo ya pantuflos, y el zapato / injusto y ancho por mover la corva, / cortado a ojo y sin medida el hato; / cualquiera cosa para andar me estorba, / redondo el pie, la planta de bayeta, / las piernas tiesas y la espalda corva» (Espinel, *Diversas rimas*, pág. 623).

⁸ Según los datos manejados por Haley (1994: 188), los doctores Maximiliano de Céspedes y Baltasar de León acreditarían en 1594 que conocían y trataban a Espinel de sus fuertes ataques de gota desde 1584, cuando presumiblemente llegó a Madrid desde Italia.

Hice asiento con un gran príncipe muy amigo de música y poesía, que aunque siempre hui del escuderaje, me fue forzoso acudir a él. Entré en su gracia muy de improviso, fui muy privado y favorecido suyo; y como yo venía harto de pasar trabajos, viéndome con demasiado regalo, acometiome la poltronería, y engordé tanto que comenzó la gota a martirizarme. (*Relaciones*, pág. 332)

Lo mismo sucede con su perfil psicológico, trazado a partir de los rasgos que no solo el rondeño sino también sus contemporáneos destacaron sobre el autor. Hablamos de su fama de arrogante y de su condición colérica, que tantas veces Marcos se atribuye en la novela. De su fama de maledicente tenemos constancia gracias a los testimonios de algunos de sus colegas, como Cervantes. De hecho, en el elogio que hace de Espinel en el *Viaje del Parnaso* (pág. 31), nos dice que: «Este, aunque tiene parte de Zoílo, / es el grande Espinel, que en la guitarra / tiene la prima, y en el raro estilo», aludiendo con ese «Zoílo» a su fama de censor. También sabemos —gracias a una carta documentada por Haley (1994: 80)— que su gran amigo Lope quiso interceder por él (sin éxito) ante el duque de Sessa para que patrocinase el *Marcos de Obregón*. Esto es lo que el Fénix le escribía al duque el 7 de agosto de 1617:

... merece que V. Ex. le honre por hombre insigne en el verso latino y castellano, fuera de haber sido único en la música; que su condición ya no será áspera, pues la que más lo ha sido en el mundo se tiempla con los años o se disminuye con la flaqueza. (Haley, 1994: 80)

En numerosas ocasiones a lo largo del texto Marcos se define como hombre colérico⁹, aunque, paradójicamente, en pocas lo vemos perder la paciencia. Sin embargo, Espinel deja claro desde el principio que su libro de entretenimiento es una suerte de manual de comportamiento en el que la paciencia ocupa un lugar

⁹ En I, 4, por ejemplo, cuando se queja de uno de sus doctores «porque a un hombre colérico y nacido en región cálida, le mandó que en toda su vida no bebiese gota de agua» (*Relaciones*, pág. 50); o en I, 21, cuando se alista en la armada de Santander y un hidalgo envidioso lo provoca incesantemente para forzar un enfrenamiento: «no hay remedio tan excelente para huir los males como no aceptar el envite de las ocasiones, particularmente en la edad robusta que yo entonces tenía, que, aunque no era muy mozo, era muy colérico, y la enfermedad me hacía andar desgraciado» (*Relaciones*, pág. 174).

preeminente: «Bien confieso que no son estas cosas para contarse; pero como sean para consuelo de afligidos, y mi principal intento sea enseñar a tener paciencia, a sufrir trabajos y a padecer desventuras, puede llevarse con lo demás, que no cuento» (*Relaciones*, pág. 111). Y, más adelante: «¿Qué no hace la virtud de la paciencia? ¿Qué furias del mundo no sujeta? ¿Qué premios no alcanza? Pero si un flemático sabe airarse y ejecutar con vehemencia los ímpetus de la cólera, ¿por qué un colérico no sabrá templarse y perseverar en los actos de paciencia?» (*Relaciones*, pág. 406).

El hecho de que Marcos insista tanto en que posee un carácter colérico y que, no obstante, se presente como un hombre verdaderamente ejemplar, que siempre sale airoso de los trances en que se ve envuelto gracias a esa paciencia que tanto reivindica en la novela y cuyo ejercicio pretende enseñar a los jóvenes, bien podría interpretarse como el arrepentimiento o disculpa por sus desmanes de juventud, una suerte de «he aprendido la lección»; es, al menos, lo que se infiere de las palabras de Lope al duque de Sessa cuando hablaba sobre el temperamento de su maestro en esa carta¹⁰.

Que Espinel se distinguió por su carácter arrogante viene a confesarlo el propio Marcos al inicio de la novela, cuando es engañado en el mesón del Potro por un rufián que intenta envanecerlo celebrando precisamente esas cualidades suyas de las que tanto presumía:

—Señor soldado, bien pensará vuesa merced que no le han conocido: pues sepa que está su fama por acá esparcida muchos días ha.
Yo, que soy un poco vano —y no poco—, créimelo y le dije:
—¿Vuesa merced conóceme?

¹⁰ García (1979: 618), respecto a esta cuestión, explica que tanto Espinel como Marcos «son seres de naturaleza colérica. El temperamento colérico de Marcos aparece insistentemente repetido a lo largo de la narración. La cólera de Vicente es un hecho biográfico que él mismo atestigua repetidas veces en sus *Diversas rimas* y que, a punto ya de publicar la obra, hay todavía personas que, como el duque de Sessa, no parecen dispuestas a perdonar. Desde esta perspectiva, la novela es la confesión de un arrepentido. [...] Esta narración-confesión, que en cuanto tal lleva implícito el propósito de la enmienda, emana de una simbiosis intencional entre Vicente y Marcos, en la que la paciencia de este termina por dominar la cólera congénita de ambos. Esta relación entre personaje y creador, peculiarísima dentro del marco de la picaresca, explica la abundancia de recuerdos espinelianos históricamente verificables que se infiltran por entre las comisuras de los episodios obregonianos de naturaleza ficcional. Ambos componentes son necesarios para mantener esa identidad y esa disparidad que constituye el meollo de la trabazón única entre Marcos y Vicente».

Y él me respondió:

—De nombre y fama muchos días ha.

Y diciendo esto, sentose junto a mí y me dijo:

—Vuesa merced se llama Fulano y es gran latino y poeta y músico.

Desvanecime mucho más y convidelo si quería comer. Él no se hizo de rogar y echó mano de un par de huevos y unos peces, y comiolos. (*Relaciones*, pág. 93)

Si tenemos en cuenta que Espinel se elige a sí mismo —enmascarado tras un escudero llamado Marcos de Obregón— para protagonizar su novela podemos hacernos una idea del egotismo que le caracteriza. Hasta tal punto llega ese prurito de hablar de su persona y amor propio que, en ocasiones, sobre todo cuando se trata de sus dotes como poeta y músico, no está dispuesto a que ni siquiera su *alter ego* ficticio se atribuya méritos que considera propios. ¿Qué sucede en estos casos? Espinel opta por cambiar la primera persona, predominante en el grueso de la obra, por la tercera, separando las vivencias de su protagonista de las acaecidas al que denomina «autor de este libro», trazando así una línea divisoria entre ambos.

Los pasajes en que Espinel lleva a cabo este singular juego identitario coinciden en su mayoría con el relato de acontecimientos de los que se sentía especialmente orgulloso, como cuando le encargaron varias composiciones para las honras fúnebres de la reina Ana de Austria:

Llegué a tiempo que se celebraban las obsequias de la santísima reina doña Ana de Austria. Y habiendo buscado a quien cometer la traza, historias y versos de la vida ejemplar de tan gran señora, pudiendo cometellas a muy grandes ingenios, tuvo por bien el Magistrado de Milán de cometellas al autor de este libro... (*Relaciones*, pág. 290)

Lo mismo sucedía al escuchar a unos músicos cantar unos versos del propio Espinel:

Yo soy testigo que, estando cantando dos músicos con grande excelencia una noche una canción que dice: «Rompe las venas del ardiente pecho», fue tanta

la pasión y accidente que le dio a un caballero que los había llevado a cantar, que, estando la señora a la ventana y muy de secreto, sacó la daga y dijo:
—Veis aquí el instrumento; rompeme el pecho y las entrañas.
Quedando admirados los músicos y el autor de la letra y sonada, porque concurrieron allí todos los requisitos necesarios para hacer aquel efecto.
(*Relaciones*, pág. 301)

En ambos casos, la acción empezada por Marcos en primera persona —«Llegué» o «Yo soy testigo»— la termina «el autor de este libro» y «el autor de la letra», en tercera¹¹. Se aprecia, pues, que Espinel era hombre vanidoso, y es muy interesante ver que no tiene reparos en endosarle sus penosas enfermedades a su protagonista, pero sus dotes de poeta y músico las reivindica para sí, para el «autor»; esas son intransferibles.

Pero las similitudes entre autor y personaje no se reducen a la caracterización física y psicológica. Espinel, que construye su novela en base a esquemas formales picarescos, dispone la materia novelesca en torno al viaje¹². Sin embargo, la itinerancia del protagonista nada tiene que ver con la de sus modelos, que se ven abocados a transitar de un lugar a otro en busca de nuevas oportunidades que les sirvan de trampolín para ascender, para esquivar la ley después de haber cometido algún delito o para satisfacer hipotéticas necesidades. El rondeño mueve a su protagonista por los mismos lugares que él visitó a lo largo de su vida, y termina por disponer el peregrinaje de su criatura a imagen y semejanza del suyo propio. Por eso, la función del viaje en las *Relaciones* es fundamentalmente la de reflejar el periplo vital del autor —que, en la novela, comprende desde su nacimiento en Ronda hasta presumiblemente los últimos años de la década de los 80, antes de asentarse

¹¹ Las observaciones de Haley (1994: 101) en torno a este asunto resultan imprescindibles: «En todos los casos en que hay una equivalencia entre el *yo* narrativo y el *autor*, esta se establece sin complejos preparativos, lo que sugiere que Espinel no realizó el esfuerzo artístico de erigir una cortina ante el lector: las referencias a “el autor de este libro” parecen, en efecto, ingenuas, y solo podrían provenir de una mente tan enredada en su propio funcionamiento que no fuera capaz de salvar las discrepancias que conlleva su intención de desdoblarse. Si Marcos es consciente de que un autor controla sus acciones, ello se debe a que ese autor está inmerso en su empresa de escribir sus propios recuerdos. Espinel se absorbe a veces tanto en esta empresa que olvida su concesión de permitir a su protagonista una existencia ficticia independiente. O, para ser más exactos, deja caer por un momento el velo de la ficción y, a pesar de que atribuye sus aventuras a Marcos de Obregón, modifica su modelo habitual y hace que las aventuras de Marcos retornen a la fuente de la que surgieron».

¹² Valbuena Prat (1943: 921), de hecho, ha definido la *Vida de Marcos de Obregón* como «libro de viajes empostrado en picaresca».

definitivamente en Madrid—¹³. Marcos, al igual que Espinel, deambula por casi toda la Península: Córdoba, Salamanca, Madrid, Toledo, Ciudad Real, Almodóvar del Campo, Adamuz, Málaga, Ronda, Santander, Bilbao, Vitoria, Navarra, Zaragoza, Burgos, La Rioja, Valladolid, Sanlúcar, etc. También da cuenta de su viaje a Italia, donde estuvo, al menos, tres años¹⁴, y de su vuelta a España, tras la que se dispuso a abrazar el sacerdocio. La disposición cronológica y topográfica de la materia novelesca coincide casi al detalle con los datos que poseemos sobre la vida del escritor. De ahí que algunos críticos, como Pérez de Guzmán, hayan recurrido a las *Relaciones* para suplir las lagunas existentes en torno a su biografía¹⁵.

También pululan por la obra gran cantidad de personalidades vinculadas a Espinel, con sus nombres y apellidos. Van desde amigos personales, como Lope o Quevedo, a nobles, que representan el colectivo más numeroso, como el conde Lemos, la duquesa de Sessa, el marqués de Denia, el duque de Osuna y un largo etcétera. La música, tan importante en la vida de Espinel, la encarnan celebridades como Bernardo Clavijo del Castillo, Bernardina Clavijo, Juan Navarro o Francisco de Salinas. Tienen asimismo un papel destacado algunos de sus paisanos rondeños, como Francisco Ahumada Mendoza, Lope de Cárdenas o Juan de Luzón. También nos presenta a maestros, como Luis Pacheco de Narváez o Juan Cansino; a personalidades relacionadas con las artes y las letras, como el orador Hortensio Félix Paravesin o el censor Gutierre de Cetina; a jueces, corregidores, médicos... En definitiva, la presencia de personajes contemporáneos al autor se antoja abrumadora. Mención aparte merece el cardenal arzobispo de Toledo don Bernardo de Sandoval y Rojas, promotor del *Marcos de Obregón*, y a quien el escudero se dirige como *vuestra señoría ilustrísima*. No solo es el dedicatario de las *Relaciones* sino que se mantendrá como interlocutor a lo largo de todo el libro, y por ello, como receptor

¹³ En ello ha insistido Linares (1989: 214) en su análisis del *Marcos de Obregón*: «El viaje es un elemento estructural y significativo de primer orden, dada la extendida adecuación alegórica entre viaje y vida. Según esta, vivir es realizar un recorrido, o al menos ponerse en movimiento, y el relato novelesco que plasma esa vida refuerza mediante el cambio de lugar los cambios de estado del sujeto. Cuál sea la meta, los obstáculos y los medios para superar estos, son, a su vez, cuestiones en que se ramifica esta equivalencia primaria entre viaje y vida».

¹⁴ Sobre el viaje de Marcos de Obregón a Italia, véase Mancini (1973).

¹⁵ Pérez de Guzmán (1881: XIV) da credibilidad, incluso, a episodios ampliamente aceptados como ficticios, como el cautiverio de Marcos en Argel, alegando que «o hay que aceptar como cierto en el *Marcos de Obregón* este episodio autobiográfico de Espinel o hay que negarlos todos».

del memorial, en consonancia con su antecedente retórico y literario: el *vuesa merced* del *Lazarillo*¹⁶.

¿Por qué esta incursión de personajes ilustres en la novela? Hay que recordar aquí la insistencia de Espinel en el tópico horaciano *aut prodesse, aut delectare*; lo menciona en varias ocasiones y el escritor¹⁷, que había traducido varias odas del poeta latino, hace de este lugar común un eje vertebrador de su obra. De ahí que Espinel discurra al modo de Alemán, combinando consejas y consejos, deleite y enseñanza, aunque el estilo de ambos sea diametralmente opuesto. Es en las digresiones morales que impregnan la novela, en la enseñanza, donde predomina la presencia de personajes vinculados al autor. Estos serían los encargados, por decirlo de algún modo, de aportar ese matiz didáctico que tanto reivindica Espinel, al tiempo que asumen el papel de garantes de la veracidad de lo narrado. Unas veces, se les menciona como meros testigos de lo que se cuenta; otras, Espinel los hace participar en la trama. Valga como ejemplo la trágica fiesta de gansos presenciada por el marqués del Carpio, don Luis de Haro, junto al «autor de este libro». Marcos, que ha perdido su macho, espera en la puerta de una venta a que le den noticias del animal y, mirando el paisaje, recuerda un triste acontecimiento ocurrido en ese mismo lugar:

Púseme a la puerta del mesón para ver si pasaba el macho o persona que de él me diese nuevas. Miré aquel pedazo de tierra en el tiempo que allí estuve [...] adonde algunos años después pasó en presencia mía una desgracia muy digna de contarse para que se vea cuánta obligación tienen los hijos de seguir el consejo de los padres, aunque les parezca que repugna a su opinión. Y fue que, siendo marqués del Carpio don Luis de Haro, caballero muy digno de este nombre, muy

¹⁶ Espinel llega incluso a interrumpir la narración para dirigirse al cardenal, en estos términos: «Perdóneme, vuesa señoría ilustrísima, si le canso con estas niñerías que me pasaron con este médico, que las digo porque quizá encontrará con ellas alguno a quien aprovechen» (*Relaciones*, pág. 50). Rey Hazas (2009: 211) ha apuntado al respecto que no hay «ninguna razón estructural para que una referencia al destinatario interrumpa el relato»; por lo que atendemos a «una imitación explícita y evidente al *Lazarillo* [...], como si la *Vida del escudero* fuese una carta autobiográfica, y lo hace así porque el *Lazarillo* es en este caso su modelo indudable». Sobre la figura de Bernardo de Sandoval y Rojas, véanse los trabajos de Gómez Canseco (2015 y 2017).

¹⁷ Asienta esta pauta desde el mismo prólogo: «El intento mío fue ver si acertaría a escribir en prosa algo que aprovechase a mi república, deleitando y enseñando, siguiendo aquel consejo de mi maestro Horacio» (*Relaciones*, pág. 14).

gallardo de persona y adornado de virtudes y partes muy dignas de estimar, vinieron allí madereros de la sierra de Segura, con algunos millares de vigas muy gruesas [...] Quisieron hacer al marqués una fiesta de gansos, poniéndolos atados entre los dos maderos de la puerta de la pesquera. (*Relaciones*, pág. 139)

Un joven, haciendo oídos sordos a los consejos de su padre, insistió en participar y murió ahogado. Así concluye la historia:

Pasó este caso en este mismo lugar y en presencia del marqués don Luis de Haro y de su hijo, el marqués don Diego López de Haro; que, cuando esto se escribe, están vivos y más mozos que el autor, en cuya compañía se halló presente a este infelice suceso. Y porque no habrá lugar de contallo adelante, se dice aquí por encargar a los hijos que, aunque les parezca que saben más que los padres, en razón de la superioridad que Dios les dio sobre ellos y representando la persona del verdadero Padre, los han de obedecer y respetar, y creer que, en cuanto a las costumbres morales, saben más que ellos. (*Relaciones*, pág. 140)¹⁸

Marcos, como historiador de su vida, necesita pruebas que ratifiquen su historia, y un modo de obtenerlas es recurriendo a personalidades reconocibles a los lectores que avalen su testimonio; en este caso, los marqueses de Haro. En esta cuestión, también se puede observar su persistente deseo de lucimiento. ¿Por qué? Al cabo, Espinel se precia de relacionarse con las personalidades más destacadas de la nobleza, y no tiene reparos en incluirlas con nombres y apellidos, y con el estatuto de personajes. Esto, obviamente, le sirve para granjearse su favor, pero también para presentarse ante el lector, pues codearse con la élite del reino no estaba al alcance de cualquiera.

Este proceso de autorrevelación que observamos en la novela llega hasta una traza mucho más intrincada, que provocará una ambigüedad de identidades verdaderamente transgresora; y es que, en una ocasión, Espinel reconoce que su

¹⁸ Este pasaje representa otro ejemplo de episodio iniciado por Marcos «en presencia mía» pero rematado por el «autor de este libro», «en cuya compañía se halló presente a este infelice suceso». El «autor de este libro», como ya hemos comentado, suele asomarse cuando se narran experiencias de veras autobiográficas.

héroe no se llama Marcos de Obregón. El escritor se despoja —parcialmente— de su identidad ficticia en ese instante en que unos músicos entonan sus propios versos, cuando Marcos se encuentra en el barco que se dirige hacia Génova, tras ser capturado y confundido con el renegado valenciano:

Comenzó el tiple, que se llamaba Francisco de la Peña, a hacer excelentes pasajes de garganta, que, como la sonada era grave, había lugar para hacellos; y yo, a dar un suspiro a cada cláusula que hacían. Cantaron todas las octavas, y al último pie, que dijeron: «El bien, dudoso; el mal, seguro y cierto», ya no pude contenerme. Y, con un movimiento natural, inconsideradamente dije:

—¡Todavía me dura esa desdicha!

Como fue en alta voz, miró el Peña, que por venir yo tan disfrazado de cara y de vestido, y por ser él corto de vista, no me había conocido antes. Y en viéndome, sin poderme hablar palabra, humedecidos los ojos, me abrazó. Y fue al general diciendo:

—¿A quién piensa vuestra excelencia que traemos aquí?

—¿A quién? —preguntó el general.

—Al autor —dijo Peña— de esta letra y sonada, y de cuanto le habemos cantado a vuestra excelencia.

—¿Qué decís? Llamadle acá.

Llegueme con harta vergüenza, pero con ánimo alentado. Y preguntome el general:

—¿Cómo os llamáis?

—Marcos de Obregón —respondí yo.

El Peña, hombre que siempre profesó verdad y virtud, llegó al general y le dijo:

—Fulano es su propio nombre; que, por venir tan malparado, debe de disfrazarlo. (*Relaciones*, pág. 275)

Además, refuerza la anagnórisis de este episodio —como ya señaló Haley (1994: 105)— definiendo a Peña como «hombre que siempre profesó verdad y virtud», por si aún albergáramos alguna duda de que Marcos de Obregón no es el verdadero nombre del escudero de Ronda. No obstante, Peña lo llama «Fulano», por lo que Espinel no está dispuesto, todavía, a despojarse de su máscara.

Es hacia el final de la novela cuando el apellido Espinel irrumpe en la narración (téngase en cuenta que nos mantendrá expectantes hasta el descanso 17 de la relación tercera). Durante su último viaje a Andalucía, ya en la provincia de Málaga, el escudero conoce a un gentil anciano que enciende su curiosidad al describirse como un dechado de virtud:

—Quien tal estado alcanza —dije yo— bien es que publique su nombre.

—No es mi nombre —dijo— de los conocidos por el mundo, sino a la manera de mi persona. Llámome Pedro Jiménez Espinel.

Diome un aldabada en el corazón, pero sosegueme, prosiguiendo en la conversación para entretener el camino hasta llegar al lugar... (*Relaciones*, pág. 368)

Se trata de su tío; de ahí esa aldabada en el corazón, provocada por el reencuentro familiar. Marcos, sin revelar su identidad, prosigue la conversación,

contándole que ha estado deambulando de un lugar a otro. El anciano se interesa entonces por un sobrino a quien perdieron la pista tiempo ha:

Pero, pues habéis andado por el mundo, podrá ser que hayáis conocido por allá un sobrino mío que ha muchos años que no sabemos de él; que, según nos han dicho, anda en Italia. Y a cuantos hospedo en mi casa, fuera de ser la obra buena, en parte lo hago por saber de mi sobrino.

—¿Cómo se llama? —pregunté.

Y respondiome con mi propio nombre.

—Sí le conozco —dije—, y es el mayor amigo que tengo en el mundo. Él es vivo y está en España y bien cerca de aquí, donde, sin andar mucho, le podéis ver y hablar.

Holgueme en el alma de conocer mi sangre, y tan bien fundamentada en las virtudes morales y cristianas. (*Relaciones*, pág. 369)

Presenciamos aquí el desdoblamiento más explícito de las *Relaciones*. Espinel, con la mención al apellido de su tío, está revelando al lector su verdadero yo, aunque no se arriesgue a descubrir su nombre.

La conexión —indica Haley (1994: 108)— es clara. El «nombre real» había sido mencionado ya una vez antes, por Peña a bordo de la galera, y en otras ocasiones fue elidido por distintas frases. Es Pedro Jiménez Espinel quien guarda la llave para descifrarlo. Mediante él, el nombre de Marcos se conecta con la realidad. [...] No puede tener significado excepto cuando se comprende que representa a Vicente Espinel, el autor.

Este *modus operandi* que abarca el grueso de la novela es de una extraordinaria modernidad. El escritor se inmiscuye en el relato cuando le interesa, para reivindicarse como autor; y se divierte jugando a ponerse y quitarse —aunque nunca del todo— el disfraz de escudero. Esta técnica, que el anciano Espinel no terminó de dominar, «desbarata el mecanismo de la ficción», pero al tiempo «intensifica la naturaleza autobiográfica de la obra, al situar frente a frente al autor y a su personaje en el proceso de formación: ambos nos llevan a Vicente Espinel por diferentes senderos» (Haley, 1994: 110).

En definitiva, y como hemos visto, la proyección que de sí mismo hace Espinel en el personaje de Marcos de Obregón no se limita a cuestiones físicas y psicológicas o de prosapia, sino que va mucho más allá, hasta la misma configuración de la novela entera. Espinel se sirve de su bagaje vital para construir el armazón de su ficción y emplea una serie de recursos formales —basados en la alternancia de la primera y tercera personas— para crear esa ambigüedad de voces que, de alguna forma, se ha convertido en la seña de identidad del texto espineliano. Es ahí, en ese continuo ir y venir de la primera a la tercera persona, cuando tomamos conciencia de la presencia de alguien que escribe la historia y de que, así como el «autor» conoce al detalle la vida de Marcos, el escudero también sabe cosas de ese «autor» que no desaprovecha ocasión para darse protagonismo en la historia.

No obstante, aunque en ocasiones las sendas de Marcos y Espinel se bifurquen, la novela narra la gradual fusión entre ambos, autor y criatura, que acaban escribiendo juntos el final feliz de las *Relaciones* en la capilla del obispo de Plasencia, en la parroquia de San Andrés de Madrid, identificados por completo¹⁹.

¹⁹ Marcos termina de escribir su biografía en el mismo lugar donde Espinel residía por esos años y donde permaneció hasta su muerte en 1624. Sin embargo, inicia la narración en el Hospital de Santa Catalina de los Donados, una suerte de asilo para ancianos, donde ejerce, además, de ensalmador, al más puro estilo picaresco. Autor y criatura se irán fusionando paulatinamente a lo largo de la obra hasta confluir por completo, y cuando Espinel da fin a las *Relaciones* ya ha olvidado —consciente o inconscientemente— el lugar donde su criatura comenzó sus memorias, además de su oficio de ensalmador. Véase Peña Núñez (2003).

OBRAS CITADAS

- AYALA RUIZ, Juan Carlos, «Vicente Espinel. Evidencias de una obra musical hoy desconocida», *Hoquet: Revista del Conservatorio Superior de Música de Málaga*, 4, 2006, págs. 5-23.
- CARRASCO URGOITI, M.^a Soledad (ed.), Vicente Espinel. *Relaciones de la vida del escudero Marcos de Obregón*, 2 tomos, Madrid, Castalia, 1972.
- CERVANTES, Miguel de, *Viaje del Parnaso*, en *Viaje del Parnaso y poesías sueltas*, ed. de José Montero Reguera y Fernando Romo Feito, Madrid, Real Academia Española, 2016, págs. 3-143.
- ENTRAMBASAGUAS, Joaquín de, «Datos biográficos de Vicente Espinel en sus *Diversas rimas*», *Revista Bibliográfica y Documental*, IV, 1950, págs. 171-241.
- ESCOBAR BORREGO, Francisco Javier, «“El armónico son que el aire lleva”. El ars canendi de Vicente Espinel», *Hipogrifo: Revista de literatura y cultura del Siglo de Oro*, 11, 1, 2023a, págs. 749-765.
- , «Traducir la música “extremada” en clave mélica: horacianismo y experimentación estilística en Espinel (con huellas de Garcilaso, Herrera y fray Luis)», *E-Spania: Revue électronique d'études hispaniques médiévales*, 46, 2023b.
- ESPINEL, Vicente, *Relaciones de la vida del escudero Marcos de Obregón*, ed. de Natalia Palomino Tizado, Madrid, Sial/Prosa Barroca, 2021.
- , *Diversas rimas*, en *Obras completas II*, ed. de Gaspar Garrote, Málaga, Clásicos malagueños-Diputación Provincial de Málaga, 2001.
- GARCÍA, A. M., «La cólera de Vicente Espinel y la paciencia de Marcos de Obregón», en *La picaresca: orígenes, textos y estructuras: actas del I Congreso Internacional sobre la Picaresca*, coord. de Manuel Criado de Val, Madrid, Fundación Universitaria Española, 1979, págs. 609-618.

- Gili Gaya, Samuel (ed.), Vicente Espinel. *Vida de Marcos de Obregón*, 2 tomos, Madrid, Espasa-Calpe, 1940.
- GÓMEZ CANSECO, Luis, «Literatura e ideas en torno a don Bernardo de Sandoval y Rojas», en *Actas del X Congreso de la Asociación Internacional Siglo de Oro*, ed. de Anna Bognolo, Florencio del Barrio, Valle Ojeda, Donatella Pini y Andrea Zinato, Venecia, Biblioteca di Rassegna Iberistica, 5, 2015, págs. 69-100.
- , *Don Bernardo de Sandoval y Rojas. Dichos escritos y una vida en verso*, Huelva, Universidad de Huelva, 2017.
- HALEY, George, *Vicente Espinel and Marcos de Obregón: A Life and Its Literary Representation*, Providence, RI, Brown University Press, 1959.
- , *Vicente Espinel y Marcos de Obregón: biografía, autobiografía y novela*, en *Vicente Espinel. Obras Completas*, ed. coord. José Lara Garrido, Málaga, CEDMA, 1994, tomo 1 (introducción general).
- HEATHCOTE, Anthony, *Vicente Espinel*, Boston, Twayne, 1977.
- , «Selecta malacitana: vida y época (de Vicente Espinel)», *Jábega*, 63, 1989, págs. 70-80.
- LARA GARRIDO, José y Gaspar GARROTE BERNAL (eds.), *Vicente Espinel. Historia y antología de la crítica*, Málaga, CEDMA, 1993, 2 tomos.
- LINARES ALÉS, Francisco, «Andalucía y el recuerdo del paraíso. Observaciones sobre el espacio novelesco y la percepción del paisaje en la *Vida del Escudero Marcos de Obregón*, de Vicente Espinel», en *Homenaje al profesor Antonio Gallego Morrell*, Granada, Universidad de Granada, 1989, págs. 213-228.
- MANCINI, Guido, «El viaje de Marcos de Obregón a Italia», en *Novela y novelistas: Reunión de Málaga de 1972*, coord. de Manuel Alvar Ezquerro, Málaga, Instituto de Cultura de la Diputación Provincial de Málaga-Servicio de Publicaciones, 1973, págs. 155-170.

- NAVARRO DURÁN, Rosa, «Introducción», en *Novela picaresca, IV*, Madrid, Fundación José Antonio de Castro, 2008, págs. XI-LV.
- PARDO TOVAR, Andrés, «Perfil y semblanza de Vicente Espinel», *Revista musical chilena*, 16, 79, 1962, págs. 6-30.
- PEÑA NÚÑEZ, Beatriz Carolina, «El ensalmador falso y los hidalgos burlados: la picaresca en *La vida del escudero Marcos de Obregón*, de Vicente Espinel», *Bulletin of Spanish Studies: Hispanic Studies and Research on Spain, Portugal and Latin America*, 80, 2003, págs. 401-419.
- PÉREZ DE GUZMÁN, Juan, «Vicente Espinel y su obra», en *Vicente Espinel. Vida del escudero Marcos de Obregón*, Barcelona, Biblioteca «Arte y Letras», 1881, págs. I-XXXII.
- REY HAZAS, Antonio, «Vicente Espinel y el *Lazarillo de Tormes*: el escudero en la novela picaresca», *Congreso Internacional Andalucía Barroca: actas III, (Literatura, música y fiesta)*, coord. de Alfredo J. Morales, Sevilla, Consejería de Cultura, 2009, págs. 207-220.
- RICO, Francisco, *La novela picaresca y el punto de vista*, Barcelona, Seix Barral, 1970.
- VALBUENA PRAT, Ángel (ed.), *La vida de Marcos de Obregón*, en *La novela picaresca*, Madrid, Aguilar, 1943, págs. 922-1087.
- VÁZQUEZ OTERO, Diego, *Vida de Vicente Martínez de Espinel*, Málaga, Diputación Provincial, 1948.
- ZAMORA VICENTE, Alonso, «Tradición y originalidad en *El escudero Marcos de Obregón*», en *Presencia de los clásicos*, Buenos Aires, Espasa-Calpe Argentina, 1951, págs. 75-140.